LLEGUÉ…

Seudónimo: Solalma

Agosto, tres y nueve minutos de la tarde, la preciosa capital de Andalucía en todo su resplandor. A la pequeña sombrita de un redondo naranjo, esperando que cambie ese semáforo rojo que se interpone en el paisaje, justo entre mi persona y aquella majestuosa Estación. Verde es el color esperado. Ya hay quien tiene la suerte de estar adentrándose en ella, mientras algunos otros con valentía, la abandonan para volver no se sabe cuándo. Después de una carrerita, porque los segundos apremian de una acera a otra, con lo larga que se ha hecho la espera, por fin se alcanza la meta. Hasta las puertas están de par en par, parece que me esperaban desde siempre. Entonces sale un suspiro de lo más profundo, desde muy adentro, aunque creo que está mal llamado así, mejor de nombre voy a ponerle resoplido, porque con la fuerza que sale, nos hace creer haber logrado la mejor hazaña de nuestra vida. No, pero aún no, ha sido un gran paso, pero se puede decir que el primero, ahora queda esperar la hora ansiada de escuchar a la que ya no sería para mí una llamada perdida, esa de tantas en el día que comienzan igual pero su terminar busca a otras personas que se encuentran allí, en ese mismo lugar, y que también están deseando que la llamada sea para ellos. La expresividad de sus caras pasa cuando menos te lo esperas de atención a júbilo, al igual que la mía, justo cuando lo que parecía no llegar nunca, llega. El Autocar con destino… efectuará su salida en breves instantes desde el Andén número… A la espera de ese nombre, de ese número, tantos futuros viajeros que están pendientes

de esa melodía que no tiene ritmo, pero causa movimiento entre ellos casi igual, para aquí y para allá, con más prisa o con menos, y que se unen aunque nadie se haya parado nunca a pensarlo, en la persecución del mismo objetivo. A veces, llegan más que se van, o según la hora que sea se van acomodando. Algunos incluso se detienen a mirar las pantallas, que no paran tampoco en su caminar. Y no miran sólo una, sino las veces que haga falta, ya sea por impaciencia o por si acaso la megafonía no va acompasada y la música no resuena igual. Así es, porque hay tiempo hasta para incredulidades cuando llega el momento que la llamada es para sí, sobre todo cuando lo primordial en ese instante, es verse montado en su autobús. Suyo o mío, aún la incógnita no se ha revelado del todo. Un Fuera de Servicio está esperando a que el conductor muy amablemente, en el proceder de su trabajo, teclee y nos de esa línea afortunada, que compartirá los próximos minutos, horas, con los pasajeros agraciados. Todo está dispuesto, ahora sí. El asiento sí era para mí, llegó el momento de disfrutar y con ilusión esperar el gran final del viaje.